

**Glantz, Margo, *De la amorosa inclinación a enredarse en cabellos*, México, Océano, 1984 [fragmentos].**

### **G. 1 De la desnudez como naufragio**

una fiera con firma de hombre un hombre en forma de fiera.

[...] el espectáculo era, de animal la anatomía sobre cuya piel grosera barba y cabello llegaban desmelenados a crenchas.

El mentiroso padre Juan de Areizaga decía; describiendo a los patagones allá por el siglo XVI; «Tenían el pubis más alto que un hombre de buen tamaño». Y este gigantismo que desmesura una parte de la anatomía del hombre americano nos vuelve legendarios y monstruosos; en efecto, Fray Tomás Ortiz, citado por López de Gómara en su *Historia de las Indias* exclama disgustado: «Comen carne humana, son sodomáticos, más que generación alguna; ninguna justicia hay entre ellos, andan desnudos; no tienen amor ni vergüenza; son estólidos, alocados. No guardan sino su provecho. Son bestiales y préciense de ser abominables en vicios; ninguna cortesía tienen a mozos o viejos, ni hijos a padres». Estas palabras contrastan con las primeras de Colón, palabras creadoras de paraísos. La primera desnudez, la del encuentro, hace exclamar al Almirante: «Ellos andaban todos desnudos como su madre los parió, y también las mujeres [...] Y todos los que vi eran mancebos que ninguno vi que pasase de edad treinta años, muy bien hechos, de muy hermosos y lindos cuerpos y muy buenas caras; los cabellos, gruesos casi como cerdas de cola de caballos, y cortos; los cabellos traen por encima de las cejas, salvo unos pocos detrás, que traen largos, que jamás cortan [...]». A pesar del grosor de los cabellos esa hermosura hace deambular por sus verdes islas y nadar por sus muchas aguas a los indios del Caribe, verdaderas aves de Paraíso que como Adán pasean su desnudez grave y corpóreamente por los jardines del Señor. Pero su prestigio mengua y la desnudez se vuelve arma de dos filos. Estar desnudo y pasear sus vergüenzas sin vergüenza maravilla al loco de Colón que demuestra su bella concepción del Paraíso al iniciar su hazaña. Pero esa misma desnudez afrenta a los demás y estar desnudo es para Fray Tomás Ortiz sinónimo de sodomía.

Colón y su vocero Pedro Mártir de Anglería describen a esos indios desnudos como «de buen natural y mansedumbre». Pero ya desde el segundo viaje de Colón, cuando los Pinzones no tienen que arengar a los hombres para que embarquen en las carabelas hablándoles de las casas con techos de oro, cuando ya frailes, hidalgos y sacerdotes se embarcan con el Almirantey no los presidiarios, el natural manso de los caribes se revierte y su mansedumbre se descubre como canibalismo. Y el mismo encono con que los cronistas relatan

los horribles festines donde unos cuerpos desnudos devoran otros cuerpos desnudos, sirve para desencantar al Almirante, que al fundar su segunda ciudad le pone el nombre de Tomás, el santo escéptico por antonomasia.

Los caribes roban mujeres y niños, castran a los chicos y se los comen y hasta a sus propios hijos si han sido concebidos con mujeres de otras tribus; el hambre diezma a los conquistadores y las epidemias y la desolada desnudez se vuelve naufragio. El naufragio de Colón es el naufragio de cualquier realidad que pretenda encarnar el mito: ni siquiera la belleza adánica, ni el verdor eterno y pastoril de las islas descubiertas, ni el clima propicio al cuerpo abierto bastan para edificar un paraíso. Y Colón, incapaz de colonizar aunque su nombre haya servido de presagio, prefiere la desnudez de la aventura. De sus intentos por crear un imperio sobreviven historias de violencias y hambre y destrucción; los cuerpos serenos y bellos que su primer descubrimiento hizo pensar como habitantes de esa edad dorada de donde Adán y Eva, los únicos desnudos integrales de la historia, fueron desterrados por la violencia de la serpiente, la misma que atemorizó a los hombres de Colón cuando la vieron cara a cara por primera vez en la selva americana, con los cabellos largos.

## **G. 2 El pelo del león o el tigre ¿u otro animal?**

*La Historia general y natural de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo corrió tan mala suerte como algunas de las bestias que en ella describió su autor. Sólo su primera parte fue publicada y reimpressa en vida del cronista (1535, 1547, respectivamente) y quizá las autoridades españolas se sintieran poco inclinadas a permitir una publicación con severas críticas al clero y a los españoles residentes en Indias. Ya entonces se era traidor cuando se criticaban los propios vicios; las críticas podían ser aprovechadas por los enemigos quienes, efectivamente, construyeron la Leyenda Negra. Sin embargo, la obra de Oviedo tuvo una influencia fundamental en Europa y muchos de los animales fantásticos o por lo menos fabulados de varias literaturas aparecen por sus páginas. De Oviedo es el león cobarde y el puerco con ombligo de espinazo que fascinaba a Voltaire, y de Oviedo es la azarosa vida de milicia en Italia dedicada «a oscuros trabajos literarios» y la fortuna ambigua de «vedor de las fundiciones de oro de la Tierra Firme» americana, a donde se traslada en 1514 con la expedición de Pedrarias Dávila, tan vinculado a Pizarro, el propietario de la recién encontrada calavera en la Catedral de Lima (la corrupta).

*La historia general y natural de las Indias*, reducida durante mucho tiempo a un Sumario, registra como seres fantásticos muchos animales americanos. Antonello Gerbi en su *Naturaleza de las Indias Nuevas*, traducida por Antonio

Alatorre para el Fondo de Cultura Económica, dedica la mayor parte de su libro a este «antiguo mozo de cámara» del infante Don Juan, hijo de los Reyes Católicos, amigo de los hijos de Colón, español de nacimiento, pero «italiano del Primer Cinquecento por su formación mental» y, en suma, «el Plinio de las tierras transoceánicas».

Las ranas que los indios comen fueron probadas nada menos que por Carlos V, el monarca sobre cuyos dominios no se ponía el sol, y las iguanas producen una sabia discusión en la que se esgrimen argumentos contra Pedro Mártir, quien sostiene que «son semejantes a los cocodrilos del Nilo». Oviedo las acerca más a las serpientes y a los dragones por su «erizada y espantable» (e inofensiva) hilera de púas en el lomo. La discusión se agrava pues para Colón la iguana es una «sierpe», y para el relator de su segundo viaje, el doctor Chanca, son como lagartos que los indios comen con tanto gusto como en España se comerían los faisanes. La historia de Oviedo corre la misma suerte que las novelas de caballería y sus animales realistas pasan a formar parte de los fabulados; no en balde el cronista fue autor de *Claribalte*, una novela peor parada que el Quijote. La fallida aventura imaginaria se cumple con la vida aventurada del vedor y cronista de Indias, que ya no necesita imaginar sino oír o ver. Su descripción del verdor perenne de «este gran mundo de las Indias» se ameniza con la historia de un gatito «muy mansito y doméstico, y poco mayor de un palmo» que cantaba y era reputado juguete de una princesa india emparentada con Atahualpa: la presencia mística de ese gatito nunca visto le prueba a Oviedo la omnipotencia de un Dios que, antes, supo crear grifos, seres fabulosos mitad leones y mitad águilas. Frente a este gatito (que además cantaba) existen perros y gatos mudos, sobre todo los perros que no saben ladrar, apenas, a veces, gimen.

Pero la máxima maravilla es el león cobarde y sin melena, un león que no ataca al hombre, un león que huye al verlo y que se confronta al león veneciano «que sí es feroz» aunque no tenga la «barba luenga» del león africano, rey de los animales y de las fábulas de Esopo. El león americano es muelle como las Indias. el ¿tigre? («no afirmo si lo son, porque no tiene la velocidad que del tigre se escribe» y aunque sean «hermosos y fieros animales, bermejós y pintados de manchas negras») salva el honor de estas tierras por su fiereza: «Estos animales no son para entre gentes» y su hermosa piel no se agrieta ni con los tiros de ballesta ni con las saetas. El sueño de Oviedo sería soñado después por Borges:... «el tigre vocativo de mi verso/es un tigre de símbolos y sombras [...]» y en América es el jaguar.